

Los Contem pora neos

ADIVINANZA DE LA GALLINA

Las declaraciones del Padre Arrupe tienen «lo que los franceses llaman sex appeal» (como dijo Pepe Marchena en la televisión al hablar de su propio canto). La Compañía tiene, ahora, sex appeal (en el sentido marchenero del término), aunque supongo que no a todos los antiguos alumnos —¡los AA. AA.!— les haya causado una misma impresión. Leyendo las declaraciones (1), como leyendo las de otros eclesiásticos, dan ganas de soltar esa tremenda grosería tan española del «¡Pero si ya se lo había dicho yo!», más grosería aún porque supondría emplear el paternalismo con los RR. PP., lo cual es, además, una incongruencia. Y después de todo, uno no es don Ramón Pérez de Ayala, no ha escrito «AMDG» ni ha tenido terribles disgustos por ello. Como los caminos de la providencia son inescrutables, no es por ahora más que un misterio saber por qué la Compañía no ha hecho coincidir esta posición con sus grandes momentos de esplendor y poder.

Hay pocas declaraciones políticas ya. Se han ido quedando solos Cantarero del Castillo y Gabriel Cisneros. Los otros tenores han tomado el avión o el coche y se han ido. Cantarero y Cisneros tienen que cubrir el hueco de los demás. A veces, desde el fondo del verano, algún otro emite sus declaraciones, dedicadas principalmente a escrutar si este gobierno pinta liberal o pinta en bastos. Y para quién pueden ser los bastos. También es un problema legendario español. A veces, también hablan otra vez de asociaciones. Hay quien emite de nuevo la opinión de las tres grandes asociaciones políticas nacionales. Una el centro, otra la izquierda, otra la derecha. No se aclara bien de qué ni dónde. Recuerdo cuando el señor Girón explicó ya esta teoría: la de la izquierda sería la suya. Todo se haría dentro de un orden. Es, desde luego, necesario. Una solución sería que a cada español se le adscribiese de oficio una de las tres asociaciones políticas, de forma que quedase inscrita en el documento nacional de identidad. Esto daría a cada una de ellas el mismo número de adhesiones, y evitaría desagradables desequilibrios. Evitaría, también, el problema de los tránsfugas.

Es curioso ver cómo en España las cosas se desgastan antes de llegar, mueren antes de nacer. No se llegan a experimentar. Las asociaciones políticas han muerto antes de haber nacido, se han quedado ya demasiado atrás. Son arcaicas. Eso no quiere decir que no se vayan a poner en práctica algún día. Hay muchos niños políticos que nacen muertos y, sin embargo, crecen, se desarrollan y mueren otra vez. Hablan, escriben, trabajan con voz de ultratumba. Son zombies. Muchas personas tienen puesta su ilusión política del futuro en un cadáver del pasado. Pocos países —y digo pocos por si hay alguno del que yo no sepa— tienen tanta vocación por las resurrecciones. Es difícil leer un periódico sin oír un llamamiento a la resurrección: «Resucitemos la zarzuela», «Resucitemos el flamenco», «Resucitemos las verbenas», «Resucitemos la fiesta de los toros». Resucitemos el SEU, resucitemos a Adolfo Hitler. Resucitemos a Ataulfo, Sigerico, Valia, Teodoro...

Resucitemos al tema de las asociaciones. Prudentemente. Que no sean muchas, que no sean pocas. Que no sean excesivamente reformistas, que no quieran ir más lejos de lo posible; pero que no sean inmovilistas, que no se queden estancadas. Que no tengan demasiados miembros, pero que no tengan pocos. Que no se diferencien demasiado entre sí, para no dar la sensación de desunión; pero que no sean demasiado iguales para que las gentes no se decepcionen. ¡Viejo país de adivinanzas! Cuando leemos tanto discurso donde las palabras fundamentales no aparecen, y el orador o el escritor al que leemos —leer, en España, es llorar— se esfuerza en aproximarse a ellas por aproximación a unas cosas, por distanciamiento de otras, aludiendo y eludiendo, guiñando ojos invisibles, haciendo gestos y muecas, nos dan ganas de gritar la solución de la adivinanza de los juegos de salita de estar: «¡La gallina!». Charadas y adivinanzas. Tiempo de «Quiz».

Pero con todo ello, con las resurrecciones y las asociaciones, los españoles estamos creando una nueva manera política que puede ser una aportación a la historia del mundo: el arte de gobernar el pasado.

POZUELO

AFGANISTAN

LA REVOLUCION SE PARA

Las sospechas que quedaron emitidas en TRIUNFO (número 566) de que la revolución de palacio en Afganistán —la República de Mohammed Daud que ha derribado al abúlico Rey— no fueran enteramente en el sentido de un regreso al prosvietismo parecen confirmarse. El golpe de Estado se dio el 17 de julio, y se anunciaron como inmediatos grandes cambios de estructura. No se han realizado.

El primer paso fue la abolición pura y simple de la Constitución real, que debía dar paso a otra de corte democrático y moderno. Tres días después se restaura en parte. Se dijo que sólo se iba a aplicar de la vieja Constitución aquello "que no repugnase a los principios de la democracia". Y lo que no repugna a la democracia son las cláusulas que dan poderes especiales al Rey, que ahora se aplican al Presidente de la República. Se ha formado un comité central revolucionario. Lo preside Daud, a quien se tiene por prosoviético —por el hecho de que buscó apoyo y dinero de la URSS en un momento determinado—, pero uno de sus miembros es de la línea británica, otro ha sido formado en los Estados Unidos. Por otra parte, informes procedentes de Moscú dicen que la URSS se sorprendió sincera y profundamente del golpe de Estado y que de ninguna manera puede decirse que lo haya apoyado.

La impresión general ahora es que el nuevo régimen obedece solamente a dos razones: la ambición de poder de Mohammed Daud, favorecida por el poco interés que tenían por el Rey destronado sus familiares y las castas militares (reciprocidad por el poco interés que el Rey tenía en ellos y en el gobierno), que hacen posible incluso que en algún momento del futuro se proclame Rey y abandone la forma republicana que todavía no ha dado al país, y el regreso al negocio del neutralismo, que en otros momentos tan pingües resultados dio al país o por lo menos a las clases privilegiadas que se repartían la ayuda.

La cuestión está en saber si Mohammed Daud va a poder realizar estos propósitos o si la opi-

nión pública va a tener finalmente la suficiente fuerza como para imponerle un gobierno más amplio. Los viajeros de Afganistán dicen que entre la juventud, principalmente entre los estudiantes y los jóvenes oficiales, hay una esperanza firme de que realmente la vía del país llegue a ser democrática y se refleje en toda la sociedad, y que las tribus esperan que el nuevo régimen les saque del feudalismo. Sin embargo, no es fácil calcular qué presión pueden hacer esos sectores sobre la estructura dominante, y si serían capaces de emprender un camino revolucionario si Daud les decepcionase. También se citan nombres de personajes próximos al poder que podían en algún momento derribar al Presidente para ir en el camino que él mismo ha abierto, si él renuncia a proseguirlo. Algo así como Nasser con respecto a Naguib. El hecho de que ese segundo golpe de Estado pudiera producirse en un sentido inverso, restauratorio, si los poderosos se viesen en peligro, no debe ser excluido.

Hay también que contar con las presiones exteriores. Si la URSS no ha creado el golpe, no cabe duda de que intentará sacar el mayor partido posible de él en un país que le es fronterizo y que además, como ya dijimos, supone un paso más hacia la salida al mar. Y si la CIA no ha trabajado tampoco en esta ocasión —y está por ver—, Estados Unidos tampoco está decidido a perder ese centro neurálgico de Asia del Sur. La posibilidad de que las dos superpotencias se entiendan en este punto sería un rudo golpe para las ambiciones económicas y de arbitrio de Daud. De todas maneras, cualquier entendimiento en esa zona tiene que contar con el Irán, con Pakistán y por lo menos con la tolerancia de China.

Por el momento, a pesar del parón del ímpetu revolucionario, Mohammed Daud tiene un margen de confianza por parte de las fuerzas que le han apoyado, y el país está tranquilo y en calma. No deberá tardar mucho Daud en salir de la inmovilidad si quiere salir del paso que ha emprendido. Y si quiere salir con vida. ■ J. A.

R. D. A.

ULBRICHT: MUERTE DE UN SUPERVIVIENTE

Era un superviviente de la vieja guardia comunista, del espartaquismo... Estudiando la larga biografía de Walter Ulbricht —ha

muerto a los ochenta años, siendo presidente del Consejo de Estado de la República Democrática de Alemania— puede pensar-